

juntos, han analizado la situación del pueblo de Dios que vive en América, han propuesto al Santo Padre sugerencias de acción pastoral para intensificar la Nueva Evangelización en el tercer milenio.

Ecclesia ha querido recoger cuidadosamente las orientaciones de nuestros pastores y profundizar en las líneas maestras de los documentos del Sínodo de América, dedicándole el presente número monográfico. El Sínodo tuvo su punto geométrico de convergencia en Jesucristo confesado como viviente, con tres grandes nervaduras, conversión, comunión y solidaridad en América. Javier García, que participó como «*adiutor*» o teólogo perito en el Sínodo, recoge la presentación que de los rostros de Cristo hacen los padres sinodales. Antonio Izquierdo, profesor de Sagrada Escritura en el Ateneo *Regina Apostolorum* de Roma, comenta los textos bíblicos que los obispos emplean en su visión de la conversión. William Henn, que también participó en el Sínodo como teólogo «*adiutor*», nos ofrece una lectura lineal, rica y jugosa, de cuanto sobre la comunión nos dicen los documentos sinodales. Michael Ryan, experto en Doctrina Social de la Iglesia, nos informa no sólo sobre lo que los obispos dijeron sobre solidaridad en el Sínodo, sino sobre las propuesta de actuación solidaria en América atravesada por tantas tensiones, necesidades, pobreza y desigualdades de todo género. El conocido historiador de la Iglesia, Fidel González, traza un fresco amplio de la Iglesia americana en el siglo XIX para enmarcar adecuadamente el Concilio Plenario Latinoamericano de 1899, que bien podemos considerar como uno de los grandes antecedentes del reciente Sínodo.

El presente número de *Ecclesia* quiere ser una contribución para profundizar en los temas y en el espíritu del Sínodo de América, mientras nos disponemos a acoger la próxima Exhortación Apostólica Postsinodal del Santo Padre, que será la presentación del programa oficial para la nueva travesía que la Iglesia que camina en América se dispone a emprender en el tercer milenio de la historia.

Ecclesia

Rostros de Cristo en el Sínodo de América

Javier García

En el mes de octubre de 1992 el Episcopado Latinoamericano celebró su IV Conferencia General, en Santo Domingo. Causó impresión profunda el constatar que los pastores allí reunidos, ante la compleja situación del pueblo creyente —de la pobreza a la invasión de las sectas, de la corrupción en la vida pública a la anticultura de la muerte—, no se hubieran entregado sin más a un análisis «técnico» de los problemas. Lo primero que hicieron fue volver su mirada hacia Jesucristo y confesar su fe en Él. Todo el Documento Final de Santo Domingo está transido de esta confesión estremecida de que *Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre (Hb 13, 8)*¹, de que *en él Dios Padre nos ha bendecido con toda clase de bendiciones (Ef 1, 3-4)*² y de que *él y sólo él es nuestra salvación, nuestra justicia, nuestra paz y nuestra reconciliación*³. Y desde Jesucristo, analizaron después la situación del pueblo de Dios y trazaron un plan de acción pastoral eficaz.

Análoga actitud confesante hemos vuelto a encontrar en los miembros del Sínodo de América: al examinar la situación de la fe del pueblo de Dios en el umbral de tercer milenio, pensando en una nueva evangelización, su mirada se dirige inmediatamente a *Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América*⁴.

¹IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Nueva Evangelización, promoción humana, cultura cristiana. Santo Domingo, 12-28 de octubre de 1992. Conclusiones*, Santafé de Bogotá 1992, n. 1.

²O.c., n. 3.

³O.c. n. 6c.

⁴Tal es el título programático de todo el iter de los documentos de la Asamblea Especial para América, del Sínodo de Obispos, desde los *Lineamenta*, publicados en 1996, hasta las *Propositiones* entregadas al Santo Padre el 11 de diciembre de 1997 y el *Mensaje* del Sínodo al pueblo de Dios, publicado el 12 de diciembre de 1997.

Sin detenernos a valorar este «fenómeno», sólo aludimos de paso al mismo. En los primeros siglos de la Iglesia, cuando la fe del pueblo de Dios estaba en peligro por el ambiente pagano hostil o por las herejías, toda la comunidad eclesial renovaba la confesión de fe recibida de los apóstoles. Hoy también la comunidad creyente que está en América, encabezada por sus pastores, ante los múltiples ataques a su fe cristiana, se vuelve al núcleo de su fe y confiesa su credo esencial en Dios Padre, creador del cielo y de la tierra, en Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, crucificado, muerto y resucitado para nuestra salvación y en el Espíritu Santificador y dador de vida. Y desde esta confesión, se dispone a afrontar los nuevos tiempos y los nuevos retos.

Actitud de urgencia confesante que nos ha parecido percibir desde Pablo VI, con el *Credo del Pueblo de Dios* (1968), retomada y centrada en la persona de Jesucristo, en la *Evangelii nuntiandi* (1975), recogida luego por Juan Pablo II, desde su discurso inaugural, al inicio de su Pontificado: «No tengáis miedo, abrid las puertas a Cristo» (1978), amplificada en sus encíclicas *Redemptor Hominis* (1979), *Redemptoris Mater* (1987), *Redemptoris missio* (1990), y que alcanza su tono culminante en la Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente* (1994), en la que recapitula paulinamente todo en Cristo, en la perspectiva del Gran Jubileo de los dos mil años de la encarnación y la redención de Cristo. La misma publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) se situaría en el mismo contexto de una comunidad que se propone lúcidamente conocer mejor y confesar su fe en Cristo único Salvador del hombre, de cara al mundo secularizado⁵.

Tal es el espíritu que palpita en los documentos del Sínodo de América y tal fue la actitud de los padres sinodales durante la celebración del Sínodo. Nosotros ahora queremos resaltar y comentar esta «anakephalaiosis» o «re-capitulación» de toda la doctrina y acción evangelizadora en la persona de Cristo, como podemos deducirla de los diversos documentos del Sínodo de América. Nos proponemos presentar una síntesis de la cristología de los documentos

⁵Es significativo que el tema de los diversos sínodos continentales, preparatorios para el Gran Jubileo del 2000 se centre substancialmente en la misma confesión de fe en Cristo viviente.

de la Asamblea Especial para América, del Sínodo de los Obispos⁶, a través de la categoría del *rostro de Cristo*. La pregunta de fondo, sobreentendida en todo este trabajo es: ¿Qué rostro de Cristo nos transmiten los obispos de América?

Varias razones nos inducen a este planteamiento. Ante todo, creemos que corresponde a aspiraciones legítimas, más aún, a necesidades de contextualización muy sentidas en América, en el momento en que se lleva a cabo la nueva evangelización: hemos de presentar no a un Cristo teórico y puramente espiritualista, sino a un Cristo encarnado en las diversas culturas de los pueblos de América, expresado según su sensibilidad, que responda a las preocupaciones y aspiraciones del hombre y de la mujer del Continente americano de hoy. Un Cristo con un rostro inculturado. Ya el Vaticano II había enunciado, en la *Gaudium et spes*: «La inculturación es la ley de la evangelización cristiana»⁷. La historia de la evangelización ha sido y debe seguir siendo un proceso continuo de «adaptación cultural», de «diálogo con las culturas», de «intercambio vital con los diversas culturas de los pueblos»⁸.

Otra razón es el planteamiento y el tono de los documentos del Sínodo de América, que no son teóricos, sino *pastorales*, no ofrecen una cristología abstracta, sino una «confessio fidei» y un «kerigma» vivos. Corresponde mejor al kerigma un «icono» o imagen viviente de Cristo más que unos enunciados especulativos. Si hubiera que hablar de «cristología de los documentos sinodales», en todo caso tendría que ser una cristología narrativa. Es el tipo de presentación de Cristo que hoy hemos de anunciar al pueblo de Dios que peregrina en América. Nuestro pueblo vive su fe en formas concretas y sensibles, plasmadas en su devoción a imágenes tangibles de Cristo Niño, crucificado, muerto o Rey glorioso. Es, pues, más adecuado,

⁶En adelante nos referiremos a la misma como «Sínodo de América». Los Documentos de este Sínodo son los siguientes: *Lineamenta* (1996), *Instrumentum laboris* (1997), *Relatio ante disceptationem*, *Relatio post disceptationem* (ambas de 1997), *Mensaje* (1997). Las *Propositiones* o sugerencias conclusivas de los miembros del Sínodo llevan la sigla «sub secreto» y están destinada exclusivamente al Santo Padre. El broche de oro final del Sínodo de América será la Exhortación Apostólica Postsinodal, anunciada por el Santo Padre en su Discurso Conclusivo del mismo y será publicada probablemente a fines del año 1998 o inicios de 1999.

⁷*Gaudium et spes*, 44.

⁸*Gaudium et spes*, 44; 58. Cf. también *Catechesi tradendae*, 53.

en un planteamiento de nueva evangelización, el presentarle un rostro y un perfil concretos de Cristo.

Una tercera razón es que todo hombre y toda mujer que cree en Cristo y toda comunidad que le sigue, están emplazados a responder a la pregunta de Cristo: *¿quién decís vosotros que soy yo?* (Mc 8, 29). A pregunta personal y concreta, respuesta personal y vital; cada cual ha de presentar su experiencia del Cristo viviente, su imagen de Cristo.

Iniciaremos con una alusión esencial al tema del rostro de Dios —icono, imagen o persona— en el Antiguo Testamento. Luego veremos su realización histórica en Jesucristo, icono encarnado del Dios invisible. Haremos una alusión a la oportunidad de esta presentación al hombre moderno, definido como «homo mediaticus», que hace de la imagen moneda corriente. De aquí pasaremos a la lectura de los documentos del Sínodo de América, buscando recoger en ellos los trazos del «rostro de Cristo». Esperamos que al término de este camino el lector esté en condiciones de rehacer el perfil del «Cristo de América» como se adivina al trasluz de los documentos del presente Sínodo.

I. El rostro de Dios en la Sagrada Escritura

1. El rostro de Dios en el Antiguo Testamento

La teología del icono de Cristo tiene no sólo una gran tradición patristica, tanto en Oriente como en Occidente, sino también un sólido y rico fundamento bíblico. Ya en el *Antiguo Testamento* el término hebreo *pânîm* aparece varios cientos de veces, y se traduce como «prósopon» en griego, y como «persona» en latín; como «rostro» en español. Se habla repetidas veces del rostro de Yavé. Ahora bien, así como la mano, la voz, el nombre, el corazón, en el Antiguo Testamento indican a Dios mismo, así el rostro de Dios indica a Dios mismo. El rostro de la persona indica la unidad entre la parte que se ve y lo que ella es realmente, es decir, la unidad total del ser. Hablar del rostro de Dios es afirmar su revelación.

Sin embargo, en el Antiguo Testamento, tanto a nivel lingüístico, cuanto a nivel de experiencia religiosa, hay una paradoja al respecto: por un lado, el fiel israelita anhela contemplar *el rostro de*

Dios, que es la felicidad del hombre: *Sal* 42, 3; 6); y por eso le ruega: «Vuelve tu rostro hacia nosotros y seremos salvos»: *Sal* 80, 4.8.20. Moisés, el amigo de Dios, habla con él cara a cara, como un hombre habla con otro hombre: *Ex* 31, 11; *Num* 12, 8; *Dt* 34, 10. Por otro lado, hay la prohibición de hacer cualquier imagen de Dios: *Ex* 20, 4; *Dt* 5, 8. Prohibición justificada por el pecado de idolatría no sólo de los pueblos vecinos de Israel, sino también de Israel que había caído repetidas veces en el mismo: *1 Re* 6, 5; *1 Sam* 6, 5. El mismo Moisés, en un momento de gran intimidad con Yavé le pide: «muéstrame el esplendor de tu rostro, muéstrame tu gloria»: *Ex* 33, 18, 23.

A lo que el Señor le dice que sólo verá su espalda. ¡Tan grande es el abismo que separa la santidad de Dios de la indignidad del hombre al que sólo ver a Dios podría causarle la muerte!

2. El rostro de Dios en el Nuevo Testamento

Tendrán los hombres que aguardar los tiempos mesiánicos, en el *Nuevo Testamento*, para poder ver el rostro de Dios en la cara del Hijo encarnado, pues «*la gloria de Dios resplandece en el rostro de Cristo*» (*1 Cor* 4, 6). «*El es el icono del Dios invisible*» (*Col* 1, 15). Por eso, a los griegos que expresaron un deseo análogo al que presentara Moisés a Yavé —«*queremos ver a Jesús*» (*Jn* 12, 20-26)—, sí les fue concedido: vieron su rostro precisamente en el momento en que Jesús se disponía a mostrarlo al mundo en todo el misterioso esplendor de su «hora» de sufrimiento y pasión.

Y es que en el Nuevo Testamento se dan dos momentos culminantes de la gloria del rostro de Cristo, en el rostro del hombre de dolores y en el rostro transfigurado del Tabor. *La gloria del rostro del Siervo Paciente* de Yavé se revela cuando Pilatos, desde el pretorio lo muestra a la muchedumbre y al mundo escupido, tumefacto, ensangrentado, coronado de espinas, azotado, y pronuncia aquella frase elíptica y pregnante: «*Ecce homo!*», «*¡He aquí al hombre!*» (*Jn* 19, 5). No era «un hombre» más, uno de entre tantos condenados, era El Hombre por antonomasia, elegido por Yavé para representar a su pueblo en el sufrimiento, como lo había cantado Isaías: «*No tenía apariencia ni presencia; (lo vimos) y no tenía aspecto que pudiéramos estimar. Despreciable y desecho de hombre, varón*

de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable y no le tuvimos en cuenta» (53, 2-4).

Y la gloria del *rostro transfigurado de Jesús*, en el monte Tabor: por un momento «la forma divina» en que El existe y subsiste, rasga el velo y traspasa la «forma de siervo» y la «figura de hombre» en que vive su existencia terrena (*Flp* 2, 6-7). «El aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante» (*Lc* 9, 29). En el rostro humano de Jesús brilla la gloria misma de Dios, Jesús es el humilde Hijo del hombre, y el glorioso Hijo de Dios. Por eso puede decir: «quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (*Jn* 14-9). Verlo, contemplarlo, creer en El y seguirlo. Por esta realidad actual del Señor, crucificado y resucitado, glorioso a la derecha del Padre, pero con las cicatrices de la pasión, quienes creemos en El, podemos seguir viendo hoy su rostro en el rostro del pobre, del enfermo, del encarcelado y del marginado (*Mt* 25, 31-40.44-45). La visión de fe del rostro de Cristo es inseparable de la visión de amor al rostro del hermano más débil⁹.

II. Teología del icono

Como vemos, es muy sugestivo el tema bíblico del rostro, sobre todo cuando hablamos de quien es por antonomasia el «icono» encarnado del Padre y el «resplandor de su gloria» (*Hb* 1, 1).

En los ocho primeros siglos de la Iglesia se desarrolló tanto una intensa religiosidad del pueblo de Dios en torno a las imágenes pintadas y esculpidas de Cristo, de la Madre de Dios y de los santos, cuanto un intenso debate teológico sobre el culto a las imágenes, que culminó con la definición dogmática del Concilio de Nicea II, del año 787.

En el año 754 los iconoclastas habían afirmado en el pseudo concilio de Hieria que la divinidad no es representable, que la hipóstasis de Jesucristo no puede tener representación ni después de la Encarnación; por lo mismo, que si uno pinta la humanidad de Cristo,

⁹Cf. Giovanni Marchesi, «Il volto di Cristo nel Nuovo Testamento», en «Il Volto dei volti», Velar Ed. 1997, p. 36-40 passim. Cf. AA.VV., *Cristología. Volti africani, latinoamericani e asiatici di Cristo*, ed. EMI, Bologna 1997. Cf. también Eloy Bueno, *Los rostros de Cristo*, ed. BAC, Madrid 1997.

niega la unión hipostática en Cristo y separa la humanidad de la Persona divina del Verbo; que haciendo esto, se divide en Cristo el ser Hijo de Dios del ser hijo de María; que, por tanto, la única representación legítima de Cristo, de María, los santos está en la imitación de sus virtudes.

A lo que el Concilio de Nicea II responde presentando la fe tradicional de la Iglesia con un decreto dogmático que podemos sintetizar así: después de rechazar las declaraciones del falso concilio de Hieria, afirma que las imágenes son una ayuda para dar honor al «prototipo» que ellas representan; los iconos, con su representación en forma humana de Cristo, confirman la verdadera y no la fantástica Encarnación del Verbo de Dios; por lo tanto, junto con la cruz, las imágenes de Jesucristo, de la *Theotókos* y de los santos deben estar expuestas en las iglesias, en las paredes, en las casas y en las calles; la visión de ellas sirve para honrar a aquellos a quienes representan: no se trata, sin embargo, de culto de latría (adoración) de la imagen misma, sino más bien de veneración.

La Sagrada Escritura legitima la veneración de las imágenes, desde el momento en que el Verbo se hizo carne, revelándonos así su rostro humano. Por lo mismo, se puede circunscribir (*perigraphhein*) a Cristo según su humanidad; también las narraciones evangélicas pueden ser representadas; es un deber saludar las imágenes del Señor y de los santos. Es una obligación mantener cada tradición eclesiástica, escrita o no escrita. El Concilio declara solemnemente que el icono es una predicación evangélica: anuncia la verdadera Encarnación del Verbo y hace surgir el recuerdo y la veneración de aquél a quien representa¹⁰.

En el icono se adora, pues, la hipóstasis, no la materia del icono; de la contemplación del icono se pasa a la «memoria del prototipo y al deseo de alcanzarlo». Y no es solo mirada hacia atrás, hacia la memoria, sino también y sobre todo hacia adelante, hacia el «eschaton» de plenitud: en el icono de Cristo, de María y de los

¹⁰Cf. Javier García, L.C., *Jesucristo, «Hijo de Dios, nacido de Mujer»*. *Cristología y soteriología*, México 1998, pp. 111-114 pro manuscripto. Cf. también Christoph Schönborn, *L'icone du Christ. Fondements théologiques*, Cerf, Paris 1986, 154-170 y 217-234.

santos, nos sale al encuentro el mundo venidero, la humanidad liberada, el hombre nuevo, que se encuentra en el esplendor de Dios¹¹.

III. El hombre icónico postmoderno

A la densidad bíblica y teológica del icono-rostro, se contraponen la vacuidad de las imágenes creadas por el hombre de fin del siglo XX, icónico y mediático. Las imágenes creadas por los medios de comunicación, en vez de permitir a las personas ponerse en comunicación entre sí, crean filtros obturados y capas impenetrables entre personas.

Tras imágenes de vivo colorido, no hay contenidos substanciales, de ordinario sólo ofrecen mensajes superficiales, infantiles y banales. La imagen de los «mass media» lejos de ser puertas para la comunicación y la trascendencia, son superficies impenetrables o máscaras de cartón pintado.

El hombre mediático, que se supone debería hacer de la imagen puente valioso para la comunicación con sus semejantes, en realidad se queda mudo ante la sobreabundancia de imágenes, porque se le han venido transformando en meros «fantasmas» coloridos, «sin carne ni huesos», en imágenes banales, sin densidad personal, abierta a la interioridad y a la trascendencia.

El «homo communicator» de fines de milenio se está convirtiendo en «homo incommunicatus». Por esto mismo, el presentarle una imagen, más aún, un rostro que es *el icono del Dios invisible* (Col 1, 15), es toda una reeducación personalista y una terapia espiritual, que lo prepara para el diálogo con el Trascendente. No en vano uno de los filósofos más leídos hoy en día es Emmanuel Levinas que invita a redescubrir en el rostro del otro el misterio de la trascendencia, que nos merece un respeto sagrado, pues nos lleva al umbral del Otro.

¹¹Cf. Christoph Schönborn, «L'immagine e il mistero dell'Incarnazione. (Quattro meditazioni dell'arcivescovo di Viena)», en *Il Volto dei volti*, Velar ed. 1997, p. 147 ad sensum. Cf. también del mismo autor: «L'icona di Cristo. Fondamenti teologici», ed. Paoline, Cinesello Balsamo 1988.

IV. El rostro de Cristo

Ortega y Gasset dijo algo evidente al afirmar que «el hombre es él y su circunstancia». La circunstancia del hombre abarca sus coordenadas de tiempo y lugar, es decir, su tiempo histórico y su propia geografía, su raíz telúrica y su cultura. Lo mismo podemos decir de los grupos humanos o comunidades nacionales, «son ellas y su circunstancia», es decir, su tiempo, sus aspiraciones y temores, sus condiciones socioeconómicas, su cultura.

Puesto que todo creyente cristiano y toda comunidad eclesial ve en Jesús la cifra de sentido, el valor máximo de su vida o, mejor, Aquél que fundamenta sus valores y los hace posibles, todo creyente y toda comunidad cristiana busca en Él la respuesta a sus anhelos. Así, en los primeros siglos de la Iglesia, cuando la comunidad cristiana iniciaba el diálogo con las culturas circundantes, fue diseñando un perfil de Cristo como *lógos, kyrios, maestro, pedagogo, filósofo*. Más tarde, durante el imperio bizantino, diseñó el rostro de Cristo como *Pantocrator*, en la línea de los emperadores bizantinos, figura que perdura en la época carolingia y durante el Sacro Imperio romano-germánico, y como *Rey* de reyes y señores feudales a lo largo de la Edad Media; en el Renacimiento, con la vuelta y admiración hacia modelos clásicos de humanidad bella y serena, el rostro de Cristo asumirá los rasgos de Apolo —vgr. el Cristo miguelangelesco del Juicio Final, en la Capilla Sixtina—, en el que se resumen todos los cánones de belleza y armonía física y espiritual del hombre.

¿Cómo ve a Cristo la comunidad cristiana de América? Los pastores del Continente americano analizan la situación del pueblo cristiano, anotan los problemas en que se debate, captan sus anhelos; luego, se dejan iluminar por Cristo y nos ofrecen la peculiar visión de su rostro. Sigamos este itinerario en los documentos del Sínodo de América.

V. Problemas de los pueblos de América

1. Debilitamiento de la fe católica y de la vida cristiana

Ante todo preocupa a los pastores el debilitamiento de la fe católica del pueblo americano. Lógicamente, al referirse al Norte

—donde la confesión católica es una más al lado de otras confesiones cristianas no católicas—, la situación es diversa de la del Sur, donde la religión de la mayoría de las poblaciones es la religión católica; las circunstancias son, pues, diferentes, y habrá que matizar en cada paso. Sin embargo, aquí nos vamos a referir a fenómenos comunes, aunque sean vividos de forma diferente en el Norte y en el Sur.

2. Secularismo

Debilitamiento que tiene diversas causas. Las más evidentes que señalan los obispos es, en primer lugar, el *secularismo*, fruto de la cultura postmoderna, que afirma no sólo la legítima autonomía de las realidades temporales, sino su absoluta independencia. Secularismo que se mete en las mentes, en las conciencias, en las familias, y determina el estilo de vida de la sociedad contemporánea: predominio del cientifismo, del pragmatismo, del subjetivismo, del materialismo y del hedonismo; desaparición no sólo de los signos religiosos externos, sino incluso de los criterios religiosos y éticos en la vida de las personas: cada cual organiza su vida sin contar con Dios.

3. Indiferentismo

El secularismo lleva de modo inexorable al *indiferentismo religioso*. El hombre americano no tiene nada contra Dios ni contra la Iglesia católica, pero poco a poco va dejando la práctica y signos religiosos visibles.

4. Proselitismo de las sectas

A un crónico desconocimiento de la propia fe cristiana por parte del pueblo latinoamericano, viene a sumarse como factor erosionador de esa misma fe las *sectas religiosas* y los movimientos parareligiosos y esotéricos. Hablan los obispos de invasión, de actitud militante y aun de verdadera agresión, en la que el fin proselitista justifica los medios. El pueblo católico, sobre todo al Sur de Río Bravo, sufre la mayor embestida de su secular historia.

5. Migración

A complicar aún más el cuadro clínico religioso viene la *migración del campo a la ciudad*, pasando en los últimos 30 años de 46% a 72%, y la *migración del Sur al Norte*.

El urbanismo que ha suplantado a la sociedad agrícola y campesina en América Latina, además de fenómeno socioeconómico, es sobre todo fenómeno cultural. Estamos asistiendo a la más radical y profunda revolución cultural en América Latina de los últimos doscientos años, el paso de una cultura agraria, tradicionalmente católica, a una cultura urbana predominantemente secularista e indiferente. Dígase otro tanto de la emigración del Sur, compactamente católico, al Norte, religiosamente pluralista.

En esta cultura urbana los «nuevos predicadores y catequistas», que determinan la conformación de las mentes, de las conciencias y de los estilos de comportamiento ya no son los padres de familia, el párroco, la religiosa catequista, el maestro de religión, la Iglesia institucional, sino los operadores de los mass media, los «opinion leaders», los políticos, los intelectuales, los técnicos, los ídolos del espectáculo, de la moda y del deporte. Se está creando una «nueva cultura» que ya no es cristiana en la que vive inmerso el pueblo católico de América.

6. Pobreza e Injusticia

Otro de los grandes problemas es el de la *injusticia*: una realidad de mayorías de pobres cada vez más pobres y de minorías de ricos cada día más ricos. ¿Cómo es posible que en un Continente mayoritariamente cristiano reine tanta pobreza, tanta desigualdad entre clases sociales, y entre el Norte, el Centro y el Sur?

Por otro lado, el peso inhumano de la deuda externa impide a los pueblos del Sur despegar en su desarrollo.

En el Sur, sobre todo, el problema de la injusticia y la pobreza se hace crónico por el fenómeno de la corrupción tan extendida entre los representantes de la administración pública.

7. Anticultura de la muerte

Y está la realidad de la *violencia* bajo forma de guerrilla, de narcotráfico, de mentalidad contra la vida dentro incluso de las familias, por los anticonceptivos, el aborto, la eutanasia: los obispos, al unísono con el Santo Padre Juan Pablo II, la llaman «anticultura de la muerte».

VI. Aspiraciones de los pueblos de América

1. Nueva evangelización

Aquí surgen las aspiraciones de los pastores para los pueblos de América. Ante los problemas punzantes, vistos como desafíos a su caridad apostólica, formulan sus *aspiraciones* y proyectos, el primero de los cuales es *la nueva evangelización* para un mundo nuevo como respuesta a la realidad del secularismo, del indiferentismo, de la ignorancia religiosa, de la acción de las sectas y de la misma pobreza e injusticia social. Es una consigna que Juan Pablo II dejó por primera vez en Port-au-Prince a los obispos del Celam, en 1983, y que todos los obispos del Continente hacen suya.

Nueva evangelización que quiere decir, entre otras cosas, educación en la fe y fortalecimiento de la fe, anuncio de Jesucristo, evangelizador de América, testimonio de comunión, justicia y solidaridad.

2. Justicia y solidaridad

Viene luego, inacallable, el anhelo de *justicia y solidaridad*, de promoción y desarrollo, de compromiso común para superar la pobreza, de equidad, cooperación e integración en las relaciones Norte y Sur.

Aquí tiene especial alusión e interés por la Doctrina Social de la iglesia: surge el propósito de conocerla mejor, difundirla, buscar aplicar sus casi infinitas posibilidades; la búsqueda de un nuevo orden económico, político y social.

3. Inculturación

La nueva evangelización de la sociedad moderna lleva de la mano a la *inculturación*, al diálogo fecundo del Evangelio con las culturas americanas, modernas, urbanas y postmodernas, pero también indígenas, afroamericanas, mestizas y de los diversos grupos de emigrantes. El Evangelio ha de impregnar los criterios de juicio, los modelos de vida, los valores de la sociedad (*evangelización de la cultura*), para que a su vez las diversas culturas expresen en su propio «lenguaje» los contenidos del Evangelio (*inculturación del Evangelio*).

Del encuentro y casi choque traumático de la dura realidad americana con los ideales cristianos del Evangelio, van surgiendo los perfiles del Cristo que los obispos quieren anunciar a los pueblos de América. Veamos cómo nos lo describen los documentos del Sínodo de América.

VI. Encuentro con Jesucristo vivo

1. Centralidad de Cristo:

Ante todo se subraya la *centralidad de Cristo* para la nueva evangelización: El ha de ser el punto de convergencia de todas las reflexiones y el camino para la actuación pastoral¹², como lo afirman los Hechos: «Porque no hay bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres en el cual debamos salvarnos» (Hch 4, 12), sino sólo el de Jesucristo Nazareno, el crucificado. Tal es el sentido y la intencionalidad del tema del Sínodo de América: *Encuentro con Jesu-*

¹²Cf. *Lineamenta* nn. 1 y 4. La *Relatio ante disceptationem* enfatiza todavía más esta centralidad de Cristo: *En armonía con la vida de toda la Iglesia, la figura de Jesucristo, «el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13, 8), debe ocupar el centro del debate sinodal. En esta perspectiva se desarrolló el Concilio Ecuménico Vaticano II. Así inició su pontificado el Papa Juan Pablo II, exhortándonos a no tener miedo y a «abrir las puertas al Redentor». Esta fue la visión fundamental de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo y es también el planteamiento de base de los Sínodos continentales, que se han celebrado o están por celebrarse en este final del segundo milenio. Siguiendo la indicación del Papa Juan Pablo II en su Encíclica *Redemptor hominis*, Debemos volver nuestra mirada «hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo,... porque sólo en él, Hijo de Dios, existe salvación» (Juan Pablo II, *Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979), 7: AAS 71(1979), 268.*

cristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América.

Y tal es también el punto de partida para la renovación cristiana de América: Jesucristo que ofrece su *camino salvador y evangelizador* con tres momentos¹³: preparación en el Antiguo Testamento, cumplimiento en el Nuevo Testamento y en la Iglesia, culminación en la parusía. Camino animado por el Espíritu, camino incontenible, desde que el cristianismo se puso en marcha hasta el fin de la historia humana, camino actual y salvador en el «hoy» salvífico de Cristo en la Iglesia: sólo en El hay salvación, los hombres y mujeres de hoy la necesitan, la anhelan, pero El es el único que la puede dar.

«Como en el areópago de Atenas o en el foro romano en tiempos de San Pablo, también hoy abundan ídolos y divindades, pululan maestros, gurus, sectas, movimientos esotéricos y gnosis globales, que ofrecen proyectos de felicidad y utopías de salvación a los hombres de la época presente. Ante estas realidades es fundamental recordar a todos, una y otra vez, que no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por que nosotros debemos salvarnos (Hch 4, 12), sino sólo el Nombre de Jesús de Nazaret»¹⁴.

Salvación que es liberación total, «liberación del más radical de todos los males, que es el pecado, pero que se prolonga en tarea liberadora y exigencia ética»¹⁵.

2. Categoría personalista del Encuentro

El *marco* de este anuncio es la nueva evangelización de América¹⁶ y el *contexto* es el *encuentro con Jesucristo viviente*. Los obispos de América quieren que se repita la experiencia de los primeros discípulos que, al encontrarse con Cristo, se transformaron de hombres privados en apóstoles y portadores de la Buena Nueva de Cristo por todo el mundo. Sin embargo, no se da «encuentro» con fantasmas, con ideas o con figuras del pasado, sino entre personas

¹³Lineamenta, 3.

¹⁴Lineamenta, 10.

¹⁵Libertatis conscientia, 99.

¹⁶Lineamenta, 2.

que se conocen, que se quieren, como el discípulo con su maestro o el amigo con su amigo.

Se están refiriendo los obispos no a un Cristo abstracto, sino a un Cristo vivo, a una persona viviente y actuante hoy. Y nos quieren acercar a El, quieren «presentárnoslo» para que del encuentro nazca el diálogo de la amistad que se transforme en acto de fe y en seguimiento del Señor. Nunca la Iglesia ha presentado sólo verdades abstractas; su enseñanza siempre ha estado encarnada en la persona viva de Cristo. El hombre postmoderno necesita, para bien vivir, no ideas —sobreabunda en ellas, para bien o para mal—, sino testigos referenciales que le convenzan. Y Jesucristo «es el testigo fiel», como lo define el Apocalipsis (1, 5). La categoría del encuentro entre personas parece, pues, muy sugestiva y muy densa teológica y antropológicamente.

Bajo la *dimensión teológica*, el encuentro «encierra todo el dinamismo de la fe, a saber, la iniciativa divina y la respuesta libre del hombre, el deseo de Dios de comunicarse con todo ser humano y el deber del hombre de acercarse a Dios y de responder a su llamada. Se trata de la vocación cristiana, verdadero encuentro, en el que Dios viene al hombre y éste vuelve a su Creador y Redentor por la fe en Jesucristo. El encuentro se da en verdad cuando se recibe a Dios Uno y Trino que viene al interior del hombre con su amor y con su gracia: *Si alguno me ama, cumplirá mi palabra... y vendremos a él y haremos en él nuestra morada»* (Jn 14, 23)¹⁷. Nos encontramos en el contexto del misterio de la gracia divina y de la libertad humana.

Bajo la *dimensión antropológica*, parece muy acertado el planteamiento del encuentro interpersonal, pues «responde a la sensibilidad del hombre contemporáneo en relación a la dignidad de la persona y al valor del individuo como sujeto»¹⁸. He aquí una motivación concreta que corresponde al sentir de un pueblo, sobre todo al Sur del Continente, golpeado por la pobreza, por la corrupción, por la violación y limitación de sus derechos humanos, por el atropello a su dignidad personal. Un pueblo cuya aspiración se ha expresado

¹⁷Cf. *Synodus Episcoporum. Coetus specialis pro America, Relatio ante disceptationem*, Ciudad del Vaticano, 1997, II, p. 8.

¹⁸Cf. *Instrumentum Laboris*, 6.

en la liberación y la libertad, en la promoción y respeto a su dignidad personal y a su identidad cultural.

Por otro lado, ante la exaltación exagerada de la libertad como pretendida independencia del hombre en la construcción de su destino, la categoría del encuentro subraya el don de la libertad humana y su uso responsable en la respuesta libre y gozosa al Dios que por amor se le hace encontradizo en Jesucristo¹⁹.

En este *encuentro*, *Jesucristo viviente* invita a los hombres y mujeres de todos los tiempos al cambio de vida (*metánoia* Mc 1, 15), a la comunión con él y con los hermanos (*koinonía* Hch 2, 42), y a la solidaridad (*diakonía*), sobre todo con los más pequeños (Mt 25, 40)²⁰.

3. Contenido del encuentro:

Ante todo, Cristo se encuentra con el hombre americano para ofrecerle su Palabra de amor y esperanza: «*encontrar a Cristo para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida, con la potencia de la verdad acerca del hombre y del mundo, contenidas en el misterio de la Encarnación y de la Redención, con la potencia del amor que irradia de ella*» (Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 13)²¹.

Encuentro, pues, con Jesucristo que en su Encarnación «se ha unido en cierto modo a todo hombre» (*Gaudium et spes*, 22). Por lo mismo, subrayan su dimensión histórica y su humanidad real. Jesucristo, no solo hombre, sino El Hombre que, mejor que el romano Terencio, puede afirmar: «*Homo sum et humani nihil a me alienum puto*», con la única salvedad del pecado. La presentación del rostro de Cristo viviente es, pues, lo contrario de un pietismo desencarnado o de una presentación desdibujada de la sola divinidad de Cristo.

En consonancia con el mejor y más genuino hacer teológico americano de las últimas tres décadas, los obispos de América nos

¹⁹Cf. *Relatio ante disceptationem*, 8 (ad sensum).

²⁰*Instrumentum laboris*, 1 y 2.

²¹*Instrumentum Laboris*, 6.

invitan a tomar en serio la santa humanidad del Señor, la realidad de su carne, es decir, de su existencia histórica terrena, encarnada en un tiempo y en un lugar, en Nazaret, a inicios de nuestra era. Existencia histórica que culmina en la cruz y en la muerte «para librar a la humanidad del pecado y del mal» (*Lineamenta*, 6).

La muerte, sin embargo, no representa para Él el último capítulo de su vida histórica; con la resurrección vence a la muerte, renovando gloriosamente su humanidad y, en ella, renovando nuestra existencia corporal y terrena, abierta a la transcendencia.

Se trata de Jesucristo «muerto y resucitado», que vive actualmente junto al Padre y que acompaña a su Iglesia peregrina, a la que le da el Espíritu de vida²².

4. La verdad integral sobre el misterio de Cristo

Los pastores quieren ofrecer a los fieles *la verdad integral* sobre el misterio de Cristo, sobre su persona, su obra y su mensaje: Hijo de Dios encarnado, verdadero Dios y verdadero hombre²³.

VIII. Los rostros de Cristo en América

Vengamos ya a los diversos «rostros americanos» de Cristo. Está *el rostro «inculturado» de Cristo*, que a su vez comprende *el rostro indígena, el rostro afroamericano, el rostro mestizo, el rostro moderno y postmoderno de Cristo*. Está también *el rostro de Cristo reconciliador, el rostro de Cristo creador de comunión, el rostro de Cristo solidario*.

No debería llamarnos la atención esta multiplicidad de «rostros», pues en realidad no es Cristo quien se atomiza en mil rostros culturales, como la imagen reflejada en un espejo roto, sino que son las mil culturas que reflejan el perfil del único Hijo de Dios encarnado, con su propia tonalidad y genio. Ya Pablo lo había expresado: «donde no hay griego y judío, circuncisión e incircuncisión; bár-

²²*Lineamenta*, 6.

²³Cf. La cristología narrativa que nos ofrece el *Instrumentum Laboris*, en los nn. 7 y 8.

baro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos» (Col 3, 11).

1. El rostro de Cristo contextualizado o inculturado

La *crisología «en contexto»*, parte de la originalidad histórica y cultural de una determinada zona eclesial e intenta una interpretación «inculturada» del misterio de Cristo. En América los rostros del *Cristo inculturado* son múltiples, tantos cuantos contextos culturales crean los diversos grupos humanos o nacionales. Aquí subrayamos los rostros de «*Cristo indígena*», de «*Cristo afroamericano*», de «*Cristo mestizo*», de «*Cristo moderno y postmoderno*», como veremos más abajo.

«Evangelizar al hombre significa evangelizar su cultura, su ética y sus valores, sus ideales de justicia y de verdad»²⁴. En el esfuerzo por llevar al hombre a encontrarse con Jesucristo, los obispos hablan de la *cultura*, que es la obra en que el hombre proyecta su alma. Propiamente «se encuentran entre sí» personas y no culturas; pero las personas no viven en la campana vacía de una existencia sin historia, sino en una cultura que es como matriz de sus valores y de sus ideales. En su propio «lenguaje cultural» el hombre expresa su visión de Dios, del mundo, de sus semejantes y de sí mismo. Cuando el hombre ha sido evangelizado, y se ha encontrado personalmente con Cristo, luego expresa esta experiencia según su sensibilidad, en múltiples formas, del arte a la literatura, de la liturgia a la espiritualidad, de la filosofía a la teología, de las instituciones a las tradiciones. Así van surgiendo los diversos «rostros inculturados» de Cristo según las diversas culturas de los grupos humanos y de las naciones.

En el Continente americano hay variadísimas etnias y grupos humanos culturalmente diferenciados, por ejemplo, esquimales de Alaska, algonquinos, iroqueses y atapascos de Canadá, pimas, che-roquees y navajos en EE.UU., siguiendo por las diversísimas etnias indígenas de México, Centro, Sudamérica y el Caribe, afroamericanos, mulatos, mestizos y criollos, emigrantes europeos o asiáticos. América, más que cualquier otro Continente, tiene una vocación de crisol de las principales razas y culturas del planeta. Ya lo había in-

²⁴Cf. *Instrumentum laboris*, 9.

tuido el ensayista y filósofo mexicano José Vasconcelos, que, en su obra *La raza cósmica*, ponía el centro de esa fusión racial y cultural precisamente en Brasil.

Los obispos desean ofrecer al hombre americano el rostro de Cristo encarnado en su cultura. Y como se trata de numerosas culturas, no será un rostro «plano», sino pluridimensional y de múltiples facetas.

a) El rostro indígena de Cristo

De los indígenas, subraya el *Instrumentum laboris* n. 14, con la tradición iniciada por Medellín, y continuada por Puebla y Santo Domingo, el gran amor a la tierra, el respeto hacia los antepasados y hacia las tradiciones comunitarias, el sentido de lo sagrado, la sabiduría de la vida, la austeridad y sencillez de vida. La consideración de Cristo como Jefe, Anciano, Antepasado, Hermano Mayor, Sanador, facilita mejor la comprensión de Jesús y su misterio salvífico.

Sin embargo, hay que recordar siempre que Cristo no puede ser asimilado ni agotado en categorías autóctonas, sin perder originalidad. Por esto, nos parece reductiva, empobrecedora y, por lo menos, inexacta, la traducción que hace la revista «Christus», de México (1993), del lógion joanneo: *Kaì Lògos sarks egèneto (Jn 1, 14)*, por «Y el Verbo se hizo indio». En Cristo debe permanecer una irreductible e intraducible alteridad. Es, pues, mucho más precisa y dicente la expresión literal de Juan: «*Y el Verbo se hizo carne*», es decir, humanidad completa, cuerpo y alma, concreta e histórica, que siendo humanidad del Verbo Divino, de alguna manera se identifica con todos los hombres (*Gaudium et spes*, 22): por eso el Verbo se hizo indio, pero también africano y mestizo y criollo y migrante, como se ha venido haciendo asiático o como también se había hecho judío, romano, griego y gentil, germano, celta o franco.

En este rostro de Cristo los indígenas contemporáneos encuentran la respuesta a su búsqueda de dignidad, de identidad, de reconocimiento, de pertenencia, de fraternidad, de paz, de felicidad. Los indígenas veneran al Santo Niño, al Cristo en la cruz, al Cristo-sol, imágenes en las que ven realidades-símbolos de su propia cultura.

b) El rostro afroamericano de Cristo

De los afroamericanos el *Instrumentum laboris*, 14, destaca asimismo su sentido comunitario, su respeto a los antepasados y ancianos, su enorme capacidad de sufrimiento, su alegría de vivir expresada en cantos, danzas, ritmos, música y amistad, su gran sentido familiar, su desprendimiento de los bienes materiales, la creencia en una vida ultraterrena. Aquí encontramos también el rostro de Cristo Anciano, Antepasado, Gran Jefe, Sabio, en el que los afroamericanos veneran cuanto de más grande tienen en sus tradiciones. El alma afroamericana es telúrica, emotiva, vital, como el clima y la tierra del Caribe y de la costa donde viven; es expansiva y abierta. En la vivencia de su religiosidad participa toda la persona del afroamericano, alma y cuerpo, con todos sus sentidos: los ojos en el colorido de las fiestas y cultos, de las imágenes de los santos Cristos, la lengua y el oído en los cantos, la música, las plegarias, el tacto en las imágenes que toca con devoción, todo el cuerpo en el ritmo y la danza, en las ofrendas que lleva, toca, entrega, en las promesas que hace y cumple.

c) El rostro del Cristo moderno y postmoderno

El proceso de *urbanización*, con su amenaza de desertificación cultural y cristiana, su estilo de vida anónimo, secularista y pragmático, ha creado las ciudades y megalópolis donde se está gestando la cultura moderna y postmoderna. Los obispos quieren presentar el rostro de un Cristo dinámico, que rescata todos los valores del hombre moderno, tanto científicos o técnicos, como humanísticos: sentido de la dignidad de la persona, de la libertad, de la justicia, la solidaridad, el respeto hacia la creación, la búsqueda de sentido y trascendencia; valores de socialidad y comunicación, de democracia y participación.

Los pastores quieren presentar el rostro de un Cristo en el que brillan en grado máximo la dignidad del hombre, al que el mismo Cristo comprende y libera de cuanto lo encadena, el pecado, el egoísmo, la codicia, la concupiscencia y el orgullo.

Cristo no sólo no es contrario al progreso del hombre ni mucho menos es el rival del hombre, sino el que posibilita su crecimiento, al fundarlo en la verdad de su ser humano, al purificar su intelligen-

cia, al rectificar y fortalecer su voluntad mediante el don de su gracia.

Tanto los *Lineamenta* como el *Instrumentum laboris* retoman, después de la «*Redemptoris Missio*», la invitación a evangelizar los «modernos areópagos»: el mundo de la comunicación, del desarrollo y de la liberación de los pueblos, del compromiso por la paz, por los derechos de los hombres y de los pueblos, de la promoción de la mujer y del niño, de la salvaguardia de la creación, de la cultura, la economía, la investigación y la ciencia. Sin temor a las burlas y al escepticismo del hombre moderno, los pastores, como San Pablo en el areópago de Atenas, vuelven a presentar a Cristo a los constructores de la sociedad.

Empiezan reconociendo los valores del hombre moderno y postmoderno, como son tantos progresos humanos en campo científico y técnico, en campo de libertad y derechos humanos, su anhelo de libertad y responsabilidad, el sentido de la dignidad de la persona, la socialidad y solidaridad, la autenticidad y sinceridad. Y a la vez, no pueden dejar de ver sus límites y antivalores, como el desarrollo económico con grandes costos sociales, el escepticismo filosófico y el relativismo moral, el traspaso de los límites éticos en campo científico y biogénético, la contaminación y agotamiento de recursos naturales.

El *rostro moderno y postmoderno de Cristo* ha de presentársele al hombre americano como el de Aquél que da sentido a la vida, como el ejemplar máximo del hombre, como «el que revela el hombre al hombre» (*Gaudium et spes*, 22).

Dentro del «rostro contextualizado de Cristo», nos falta hablar del «rostro mestizo de Cristo», que venera la mayoría de los pueblos de América Latina, y que corresponde al Cristo de la religiosidad católica popular.

2. El rostro de Cristo de la religiosidad popular

El *rostro popular de Cristo* es el rostro que, en su fe sencilla pero esencial, el pueblo católico de América, sobre todo en el Sur y en el Caribe, venera y adora.

El teólogo protestante Saúl Trinidad afirma que al pueblo pobre de América Latina, indígena, campesino o marginado en las grandes metrópolis, sólo le son posibles tres cristologías:

—una cristología de resignación, simbolizada en el Cristo crucificado y en la Madre dolorosa. Cristología en la cual la impotencia del oprimido es interiorizada como inevitable y sirve, por tanto, para sacralizar el sistema de conquista y opresión;

—una cristología de dominación, simbolizada por un Cristo glorioso, rico y poderoso, adornado con oro y plata y una imagen de la Virgen como conquistadora. Cristología inevitable, debida al hecho de que el dios de los indios no fue capaz de impedir la profanación de su santuario por los vencedores.

—Una cristología de marginación, simbolizada en el «Niño marginado», vgr. el Niño de Belén. Es una cristología que juzga al indígena y al campesino pasivo y conformista, siempre débil e inmaduro y, por tanto, siempre necesitado de protección por «benefactores».

En todo esto, ¿dónde está el «otro Cristo», de Lc 4, 16-21?, se pregunta Saúl Trinidad. En la misma línea se sitúan los teólogos, protestantes y católicos, que escriben conjuntamente en el libro «*Jesús: ni vencido ni monarca celestial*. (Imágenes de Jesucristo en América Latina)», coordinados por José Míguez Bonino, profesor en la Facultad Evangélica de Buenos Aires²⁵.

Parecida opinión desde la óptica antropológica, tiene Richard Nebel, antropólogo americanista alemán, refiriéndose al caso de México: el pueblo pobre proyecta su situación de prostración, humillación y pobreza en las imágenes de Cristo sufriente y «vencido». De aquí el predominio en la religiosidad popular de devociones a Cristos crucificados, azotados, sangrantes y muertos. A esto se añade la simbiosis con elementos precolombinos que aún sobreviven en la religiosidad popular de México: bajo las formas de los Cristos azotados, sangrantes y agonizantes, el indígena y el campe-

²⁵Ed. Tierra Nueva, Buenos Aires 1977. Lo otros autores que colaboran en el volumen son Jaci C. Maraschin, Leonardo Boff, Joao Dias de Araujo, Juan Stam, Pedro Negre Rigol, Geroges Casalis, Ignacio Ellacuaría, Segundo Galilea, Severino Croatto, Hugo Assmann, Raúl Vidales y Lamberto Schuurman.

sino de México siguen viendo a sus antiguas divinidades Huitzilopochtli, Tezcatlipoca, Xipe Totec, etc. El elemento que los une es el ser dioses vencidos y sobre todo el sacrificio y la sangre. Estaríamos ante una religiosidad sincretista²⁶.

Sobre la interpretación de Saúl Trinidad, hacemos tres observaciones: entre líneas se lee la descalificación tácita del culto católico a las imágenes —de antigua datación en el debate teológico, como hemos visto en la disputa de las imágenes, y que renace con la Reforma luterana—; la interpretación «psicologista» de proyección de los propios traumas del pueblo católico en imágenes sagradas de Cristo sufriente o de María como Madre dolorosa tuvo cierta aceptación en la primera mitad del siglo XX por su apariencia «brillante», hoy en día es obsoleta del todo, se demuestra superficial y ha quedado desmentida por los hechos. Una observación más completa, en el mero nivel de descripción fenoménica, tendría que haberle llevado a incluir entre las «cristologías del pueblo pobre», también la cristología de Resurrección y Señorío, simbolizada por el culto a imágenes de Cristo resucitado y glorioso, en la devoción a la Eucaristía, tan arraigada en el pueblo y de Cristo como Rey y Señor del Universo.

Pertenece ya a la historiografía universal la rebelión del pueblo católico, campesino e indígena, de México, de 1926 a 1929: al grito de *¡Viva Cristo Rey!*, se alzó en armas contra el gobierno masón del general Plutarco Elías Calles, quien pretendía aplicar una legislación antirreligiosa y anticatólica en el país, prohibiendo el culto público a Dios, cerrando templos, seminarios y casas religiosas, expulsando del país a obispos, limitando el número de sacerdotes, encarcelando, ahorcando y fusilando a sacerdotes y fieles por practicar su religión. El último grito de éstos, cuando eran fusilados, era: «¡Viva Cristo Rey!», conmovedora confesión de fe que nos traslada a los primeros siglos, de los cristianos confesando su fe en el Único Señor, en el Circo Máximo, ante emperadores y ante el pueblo pagano. No vemos aquí a un pueblo pobre, resignado y pasivo, ante un Cristo crucificado, sino un pueblo que defiende bravíamente los derechos de Cristo, Rey y Señor del mundo.

²⁶Cf. Richard Nebel (Bayreuth), *Aspectos cristológicos en la religiosidad popular antiguo mexicana-cristiana en el México de hoy*, en K. Kohut y A. Meyers (eds.), «Religiosidad popular en América Latina», Eichstätt, Vervuert Verlag 1988, 178-192.

Digamos, pues, que la religiosidad popular de la que nos habla el *Instrumentum laboris* (nn. 17-19) vive una cristología mucho más rica y completa de lo que algunos antropólogos perciben. Se caracteriza, entre otros, por los siguientes elementos²⁷:

—Pone el énfasis en la *humanidad de Jesús*, como camino hacia su divinidad y como modelo de vida y de una existencia humana plenamente realizada.

—Presenta una *exigencia de inculturación* que genera múltiples cristologías en contexto.

—Está en *diálogo con el mundo contemporáneo*, no se queda en el pasado ni sólo en el ámbito privado, o abstracto e idealista, sino que establece un diálogo entre los problemas y aspiraciones del mundo que le rodea y el contenido de su fe en Cristo. Diálogo que también suscita multitud de ópticas interpretativas del misterio de Cristo.

—Es movida por una *exigencia existencial y práctica* de armonizar ortodoxia y ortopraxis, fe y vida.

Todo ello lleva a una multiplicidad de visiones cristológicas que constituyen una verdadera riqueza teológica y pastoral y que desmiente la visión reductiva y superficial de algunos autores como los arriba aludidos. Así tenemos el Cristo Liberador, el Cristo Reconciliador, los Cristos inculturados que acabamos de ver, etc. La cristología de la liberación ve en los gestos salvíficos de Cristo con los pobres y marginados el centro del mensaje cristiano y la realización suprema del reino de Dios. La cristología que ve en *Cristo el Liberador* por antonomasia está en pleno desarrollo, una vez que el Magisterio de la Iglesia introdujo las oportunas precisiones teológicas, recuperando y encauzando la fecunda intuición de los teólogos latinoamericanos. Esta es la cristología que ha venido cobrando mayor desarrollo y hondura teológica en el Continente americano.

La cristología de liberación se ve completada por la cristología de reconciliación que subraya el papel de *Cristo Reconciliador* de los hombres pecadores con Dios y de los hombres entre sí, perdonando con su sangre y comunicándoles la gracia y el Espíritu de

²⁷Cf. Comité para el Jubileo del Año 2000, «Jesucristo, Salvador del mundo», BAC, Madrid 1996, pp. 51-64 ad sensum.

caridad y vida nueva²⁸. Cristo ayuda al hombre herido y dividido a superar las cuatro rupturas fundamentales que sufre después del pecado: ruptura de la comunión con Dios, con los demás, con el mundo y consigo mismo²⁹. Lejos de excluirse, el Cristo Liberador y el Cristo Reconciliador se complementan mutuamente, viniendo a añadir cada título un nuevo ángulo de visión del único e insondable misterio de Cristo.

La *cristología religioso-popular* trata de redescubrir el significado profundo, teológico y pastoral, de las múltiples tradiciones de la religiosidad cristiana del pueblo. Como dejamos dicho más arriba, el misterio de Cristo es el elemento central de la religiosidad popular. He aquí algunos rasgos del perfil del *Cristo popular*:

—Es un Cristo vivido, escuchado, amado, acogido, seguido por el pueblo cristiano.

—Aunque a veces un poco desfigurado y pobre, desde el punto de vista de las motivaciones, es un Cristo que ilumina y sostiene la existencia global del pueblo, es portador y garante de sus valores más nobles y de sus aspiraciones más auténticas.

—Prueba de ello es la práctica sacramental asidua, sobre todo de la Eucaristía, la celebración de las grandes fiestas litúrgicas cristológicas, como Navidad, Epifanía, Semana Santa, Pasión, Resurrección, Corpus Christi; y la práctica de devociones cristológicas como la Eucaristía, el Sagrado Corazón, Cristo Rey; su presencia protectora en las casas, con imágenes, altarcitos y estatuas.

El Cristo popular asume los rostros humildes de las imágenes históricas y artísticas que el pueblo venera: Cristos crucificados realistas de la iconografía barroca de México, Cristos crucificados serenos de Ecuador, Perú o Brasil (El Crucifijo de San Francisco, en Bahía; el Señor de Bonfim, también en Brasil); Cristos yacentes o caídos, de Colombia (El Señor Caído, de Monserrate, en Bogotá);

²⁸Mons. Fernando Vargas Ruiz de Somocurcio, arzobispo emérito de Arequipa, presenta un panorama bastante completo del desarrollo de la teología de reconciliación en su reciente obra, «Congresos de la reconciliación. Historia y balance», ed. Vida y Espiritualidad, Lima 1997.

²⁹Cf. «Temas para una teología de la reconciliación», en Fernando Vargas Ruiz de Somocurcio, o.c., p. 47.

Santos Niños (además de los tradicionales Santo Niño de Atocha, Niño Jesús de Praga, está el Santuario del Niñope, en Texcoco (México), el Niño Jesús de Curiepe, en el Barlovento venezolano, etc.); Cristo Rey entronizado en tantos hogares; Cristo Señor del Universo, en el Santuario del Cerro del Cubilete, en México, en los Andes o el Cristo de Corcovado, en Río de Janeiro; el Sagrado Corazón de Cristo sufriente y resucitado, en toda la geografía religiosa de América; el Cristo de la Eucaristía, que se ofrece como alimento a los hombres y mujeres en peregrinación hacia la patria definitiva.

Dentro de la religiosidad popular encontramos también *el rostro mariano de Cristo*: donde está el Hijo no puede faltar la Madre. La religiosidad popular de América sabe unir, con certero instinto de fe, con «sabiduría cristiana», lo divino y lo humano, Cristo y María, espíritu y cuerpo, comunión e institución, persona y comunidad, fe y patria, inteligencia y afecto (Documento de Puebla 448; 913). El rostro de Cristo en América Latina va acompañado o ha ido precedido, por el rostro materno de María. Por esto los obispos la llaman «Primera Evangelizadora de América,» «Estrella de la primera y de la nueva Evangelización». En América, como en Caná de Galilea, María anticipa y apresura la «hora» de Cristo: «Haced lo que él os diga» (Jn 2, 5), dice Ella a las multitudes de fieles que acuden a sus santuarios de Guadalupe, de Coromoto, de Chiquinquirá, de Copacabana, de la Asunción, del Carmen o de Luján, de Caacupé, de Bien Aparecida o de Maipú, reconduciéndolas hacia Cristo en una práctica sacramental intensa, sobre todo de la reconciliación y la Eucaristía. En el rostro del Cristo americano se leen al trasluz los rasgos de su Madre, la mujer María de Nazaret.

3. El rostro de Cristo Reconciliador

El título mismo de la Segunda Parte del *Instrumentum laboris* nos da un nuevo trazo del rostro de Cristo que nuestros pastores presentan a América: «*Jesucristo vivo, camino para la conversión*», es decir, *Jesucristo vivo Reconciliador*. Aunque el título del capítulo primero sea «la conversión a Jesucristo», en realidad, es conversión a Dios en Jesucristo y mediante su sangre derramada en la cruz. En efecto, Dios Padre tuvo a bien «reconciliar por El y para El todas las cosas, pacificando mediante la sangre de su cruz (de Cristo), lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col 1, 20). «Todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos con-

fió el ministerio de reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación» (2 Cor 5, 18-19).

Podemos, pues, hablar con propiedad de Cristo Reconciliador, que mediante su muerte en la cruz, derribó el muro de separación (Cf. Ef 2, 14-18).

Reconciliación ante todo del hombre con Dios mediante el perdón de los pecados, reconciliación del hombre consigo mismo, mediante la conversión y la gracia, *metánoia* o íntima y total transformación y renovación de todo el hombre, de todo su sentir, juzgar y disponer³⁰. Reconciliación con los demás, para vivir la plenitud del Evangelio en el mandato nuevo del amor, reconciliación también a nivel social, para hacer frente a las «estructuras de pecado» mediante «estructuras de amor».

Reconciliación, pues, como *don* que viene de Dios, «rico en misericordia» (Ef 2, 4), y se ofrece a los hombres en Jesucristo, mediador de perdón y de gracia³¹. Y al hablar de reconciliación, viene la imagen y el icono de Jesucristo, Buen Pastor, que busca la oveja perdida y que da su vida por el rebaño.

De este Cristo Reconciliador la Iglesia se declara continuadora. Por ello, siguiendo el llamado del Santo Padre en preparación para el Gran Jubileo del 2000, los pastores de América invitan al pueblo de Dios a hacer un examen de conciencia tanto individual como social, en ámbito eclesial y civil.

Frente al panorama americano, cuya convivencia social frecuentemente es tensa y crispada —corrupción en la administración pública, diferencias económicas clamorosas de clases sociales dentro de un país o entre país y país, violencia de guerrilla, narcotráfico, violencia urbana—, la Iglesia quiere llevar el anuncio reconciliador de Cristo: presenta la Buena Nueva de un Cristo Reconciliador.

³⁰Pablo VI, constitución apostólica *Paenitemini*, 17 de febrero de 1966; I: AAS 58(1966)179.

³¹*Lineamenta*, 20; cf. también Jn 3, 16.

4. El rostro de Cristo, creador de comunión

Otro rasgo del perfil total de Cristo que nos proponen los pastores en los Documentos sinodales de América es el de Cristo «Creador de comunión» o «*Koinonióphoros*». Cristo creador de comunión hace de la comunión objeto de su oración filial al Padre inmediatamente después de instituir la Eucaristía y poco antes de ir a la pasión y a la muerte: «*como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado*» (Jn 17, 21-26).

Se trata de una realidad *trinitaria*: el concepto de comunión se encuentra «en el corazón del autoconocimiento de la Iglesia, en cuanto misterio de la unión personal de cada hombre con la Trinidad divina y con los hombres, iniciada por la fe y orientada a la plenitud escatológica en la Iglesia celeste, aun siendo ya una realidad incoada en la Iglesia sobre la tierra»³².

Los Documentos sinodales nos recuerdan algunas imágenes de esa comunión del creyente con la Trinidad por medio de Cristo, son la vid mística y los sarmientos, el cuerpo, su cabeza y sus miembros, el edificio de piedras vivientes y la piedra angular (*Lineamenta*, 29; cf. *Lumen gentium*, 6-7). Comunión trinitaria es la culminación de la obra de reconciliación que Dios realiza por medio del Cristo *Koinonióphoros* o «Comunionificador».

No se puede concebir una realización más completa del propósito y de la misión del Verbo Encarnado: una vez que haya introducido a sus discípulos en el círculo trinitario, viviendo de la misma vida divina, aunque en forma participada, y gozando de la contemplación eterna del Padre y de su Hijo en el Espíritu (Jn 17, 3), estamos ya en la fase de la eterna bienaventuranza; cuando Cristo haya introducido en el seno de la Trinidad al último discípulo, entonces entregará el reino al Padre y se entregará El mismo al Padre (I Cor 15, 24-28).

Esta comunión escatológica con la Trinidad queda incoada en la vida presente de cada discípulo en la historia, por su vida teologal, y por su pertenencia a la comunidad eclesial, que es la comunión o

³²S.C. para la Doctrina de la Fe, «Carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión», 28 de mayo de 1992, 3.

unión de los diversos miembros en un mismo cuerpo y bajo una misma Cabeza, que es Cristo.

En efecto, por la gracia santificante que recibimos desde el momento del bautismo, empezamos a vivir la realidad de la comunión de vida y amor con Cristo resucitado, y por medio de El con el Padre, con el Espíritu Santo y con todos los miembros de la Iglesia militante, purgante y triunfante.

Comunión trinitaria que ha de tener su irradiación en la historia personal de cada discípulo, transformando su vida en coherencia con el ejemplo y las enseñanzas del Maestro, sobre todo en las relaciones con su prójimo dentro de la comunidad eclesial y civil. Comunión tan real y concreta que los *Lineamenta* describen los rostros de este Cristo con el cual se encuentran cada día en América:

Son los «rostros que Cristo sufriente y crucificado tiene, hoy, en América, son los rasgos de los pobres en las inmensas ciudades, de los desempleados, de los migrantes, de los marginados, de los niños no nacidos, de los niños de la calle y de aquellos que quedan sin escuela, de los jóvenes sin trabajo y sin guía, de las mujeres menospreciadas y explotadas, de los ancianos abandonados, de los enfermos, especialmente de los afectados del Sida, de los indígenas y de los afroamericanos, de los campesinos y de los habitantes de las barriadas periféricas de las grandes ciudades, en el Norte, en el Centro y en el Sur del Continente» (n. 30).

Y «también son los rasgos de Cristo resucitado, cuyo Espíritu produce numerosos signos de vida nueva, vencedora del pecado, de la muerte y de las fuerzas del mal» (Ib. 31).

Entre esos rasgos los *Lineamenta* enumeran los testimonios de santidad de tantos miembros de la Iglesia, de martirio, de misión y voluntariado, tanto de religiosos cuanto de laicos, el ejemplo de los esposos fieles y los laicos entregados a su tarea de santificar el mundo y de llevar el reino de Dios a la sociedad.

Por eso, los pastores invitan al pueblo católico de América a hacer un examen de conciencia, individual y comunitario, para reforzar la comunión en los diversos sectores, para seguir creciendo en ella como lo desea el Maestro. Aquí el rostro de Cristo, Creador de

comunión, se hace muy concreto y exigente para superar divisiones entre los diversos miembros eclesiales, que en el fondo denotan falta de conversión del corazón; y con los hermanos de las iglesias separadas o de otras confesiones religiosas no cristianas, impulsando el diálogo interreligioso y el diálogo con todos los hombres de buena voluntad.

Comunión que se ha de ir traduciendo en la historia como un ideal y una meta de progresiva integración y unidad entre los pueblos.

De hecho, tanto en el nivel cultural, cuanto en el económico y político, la humanidad va caminando lentamente hacia esa integración, reflejo pálido, pero genuino, de la comunión trinitaria última de toda la familia humana: son los grandes bloques políticos, económicos y culturales que se empiezan a formar, como la Comunidad Europea, el Mercosur, el Tratado de Libre Comercio entre Canadá, EE.UU y México, el bloque del Sudeste Asiático.

«Es ya un hecho, dicen los obispos en los Lineamenta, la unidad que están obrando los medios de comunicación social, los cuales van logrando, poco a poco, hacer de nuestro planeta una "aldea global". Basta sólo pensar en la "Internet" (como pista de información y comunicación internacional) y en la programación de ciertas actividades a nivel internacional, como el turismo, el deporte, la cultura, la ciencia, la técnica, el comercio, la economía, etc. Estos y otros son signos de una marcha lenta, pero grandiosa e imposible de detener, que contribuye a la unidad de la familia humana. Usando todos los elementos mencionados se promueve la unidad, la Iglesia prepara el encuentro con Cristo. Cuando Él haya reunido en su Cuerpo resucitado a todos sus miembros, entonces entregará el Reino al Padre y Dios será todo en todos (cf. 1 Cor 15, 24-28). Esta es una grandiosa tarea y un enorme desafío que tiene la Iglesia en América: trabajar por la comunión mientras se dispone a cruzar el umbral del Tercer Milenio de la era cristiana»³³.

³³Lineamenta, 47.

5. El rostro de Cristo solidario

Después de recordar los obispos que desde el Antiguo testamento la fe en Dios Creador del universo es fe en un Dios que se revela como *solidario* con el hombre en medio de las tribulaciones de la historia (*Gen* 3, 15; *Ex* 20, 1-7), y que recomienda especial atención a los pobres, débiles, huérfanos y viudas (*Am* 5, 7-11; *Mi* 3, 1-4; *Ez* 18, 21), nos presentan *el rostro de Cristo solidario* al leer «la encarnación del Hijo de Dios como la expresión más grande de la solidaridad del Dios de la Alianza con la humanidad pecadora» (*Jn* 1, 14)³⁴.

Jesús conserva y afina aún más el imperativo veterotestamentario del amor a Dios y al prójimo: «Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó. Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio» (*1 Jn* 3, 23-24; *Mt* 5, 17; *Mc* 12, 28-34; cf. *Lev* 19, 18), encarnándolo en el propio ejemplo de dar la vida por amigos y enemigos (*Jn* 15, 13) y dando al ejercicio de la misericordia hacia los más pequeños relevancia escatológica (*Mt* 25, 31-46).

El Continente americano se presenta como un mundo dividido por chocantes contrastes sociales de países superdesarrollados, al Norte, con otros en vías de desarrollo, subdesarrollados o en el extremo de la escala de los países más pobres del mundo; por contrastes entre clases sociales dentro de un mismo país, en el que conviven personas catalogadas por la revista *Forbes* en el elenco de los más grandes millonarios del mundo e inmensas mayorías de personas que viven en pobreza y aun en miseria; por contrastes entre el peso de una deuda externa que es como un par de grilletes en los pies de los países del Sur del continente que impide dar pasos hacia su desarrollo, y los intereses de esa misma deuda que benefician exorbitantemente a los países y sociedades acreedoras del Norte; por los efectos negativos de la globalización cuando es estimulada sólo por el lucro al margen del servicio a las personas y grupos más débiles.

³⁴*Instrumentum laboris*, 50-51.

Ante este panorama de contrastes y tensiones, los obispos presentan *el rostro de Cristo solidario* como testimonio y exigencia para el pueblo cristiano de América. Tal exigencia tiene su traducción y su cauce de actuación en la Doctrina Social de la Iglesia, ese conjunto orgánico de sabiduría operativa en campo social, de criterios evangélicos, de principios de antropología cristiana y de derecho natural o positivo, de reglas objetivas del actuar económico y del conocimiento preciso de las circunstancias de cada tiempo y lugar, de cada situación humana por remediar.

Lejos de ser un rostro desencarnado de Cristo el que los obispos nos ofrecen, el rostro solidario es el rostro más concreto, más tangible y más humilde (Mt 25, 31-46): son los pobres y pequeños, los niños de la calle, las mujeres, los enfermos del Sida, los indígenas despojados de su habitat humano y cultural, los parados, los habitantes de las barriadas periféricas de grandes ciudades, los afroamericanos, los grupos humanos y países subdesarrollados que se debaten en extrema pobreza.

Y dentro de la comunidad eclesial, el rostro de Cristo solidario es también el rostro de los pastores que invitan a los laicos, sacerdotes, religiosos, a los matrimonios, a los teólogos a la comunión. Es el Cristo que invita a los mismos pastores a la cooperación fraterna entre las iglesias particulares del Norte y del Sur en recursos espirituales, humanos, culturales, económicos; es el Cristo solidario que invita a toda la comunidad católica a trabajar por las necesidades, espirituales y materiales, de todo grupo humano, sin importar lengua, raza, religión o posición social, y a recomponer la túnica inconsútil de la unidad de su Cuerpo por medio del diálogo ecuménico, la oración, la colaboración, el amor, la comprensión mutua y, sobre todo, por el testimonio de la santidad.

Conclusión:

Recogiendo los diversos «motivos» en una cláusula sinfónica final, podemos decir que el Sínodo de América nos presenta un *rostro de Cristo* con los rasgos de nuestras culturas americanas. Se pueden reconocer en él los pueblos autóctonos e indígenas de América, los afroamericanos, los pueblos culturalmente «mestizos» que han forjado el Cristo de la religiosidad popular, los criollos y

los habitantes de las grandes ciudades, creadores de una cultura moderna y postmoderna.

A unos y otros los obispos presentan un *Cristo Viviente y Reconciliador*, que nos reconcilia con Dios, con los demás hombres y mujeres, con nosotros mismos y con la creación, un *Cristo creador* de comunión trinitaria, eclesial y social, un *Cristo solidario* en un Continente atravesado por tensiones y desigualdades, que camina hacia la integración económica y política, pero cuyo último anhelo es la comunión cristiana de corazones hecha justicia, liberación, participación y opción preferencial por los más pobres y débiles.

Como argumento último de reconciliación, comunión y solidaridad entre todos los pueblos de América, los pastores nos invitan a los cristianos a tomar en serio el misterio de la encarnación del Hijo de Dios y, sobre un horizonte escatológico, nos recuerdan que ese *rostro encarnado de Cristo* nos sale al encuentro todos los días en los más débiles y pequeños de entre los hombres y mujeres de América, pues «*lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis*» (Mt 25, 40.45).

JAVIER GARCÍA, L.C.

Mexicano, doctor en Teología por la Universidad de Santo Tomás en Roma. Especialista en cultura latinoamericana y evangelización, temas sobre los que enseña en la Universidad Gregoriana en Roma y sobre los que ha impartido numerosas conferencias en varios países. Participó como perito de la Santa Sede en Santo Domingo y recientemente en la Asamblea Especial del Sínodo de Obispos para América. Ha publicado, entre otros, los libros *Perfil del hombre latinoamericano hoy. Evangelio y cultura* (Roma 1992); *Cultura y nueva evangelización en el documento de Santo Domingo* (Lima 1993); *Santo Domingo en marcha - Una Iglesia en estado de nueva evangelización* (Bogotá 1994).